

# UN SALUDO TARDIO

POR FRANCISCO VERA AGUILAR



El pasado año de mil novecientos sesenta y cuatro, séptimo de la segunda época de esta publicación y decimonoveno de mi estancia en Rentería, colaboré por primera vez en estas columnas, cuyo título es obvio reseñar, ya que campea, como mensaje de intimidad, en la portada y es de todos—al menos de los que se interesan por nuestras cosas—conocida.

Digo nuestras, y comprenderás por qué si sigues leyendo, caro lector.

A pesar de que en aquella primera colaboración recibí alguna que otra felicitación—no importa el número—, lo hice muy mal.

Lo hice mal, porque en ella hablaba de mis sentimientos o de mis convicciones y forma de pensar; y en publicaciones del carácter, sentido y cometido de la revista *OARSO* es forzoso y forzado hablar por y para lo que está concebida: del pueblo y para el pueblo.

Del pueblo, porque es su hija, y nadie como un hijo —pasión aparte—puede hablar de su padre; para el pueblo, porque siendo suya todo queda o debe de quedar en él en un plano espiritual. Lo material se extiende en un ámbito cada vez más dilatado cuanto más dilatada va siendo su pujanza evolutiva, constructiva, industrial y culturalmente.

El pasado año, acabo de decirlo, era el decimonoveno de mi estancia en Rentería, y el presente, el vigésimo. Me parece cercano todavía el 26 de diciembre de 1945, cuando a las nueve en punto de la noche bajaba del tren en la estación del Norte, bajo una lluvia torrencial; sin nada que me protegiera de aquella inclemencia, a obscuras por un corte de fluido eléctrico, desconocedor absoluto del terreno que pisaba, andaba poco menos que a tientas hasta llegar a la, relativamente anchurosa, plaza que entonces existía en el barrio de Casas Nuevas, y que hoy ocupa un gran edificio de habitación, donde mejor creo yo estaría, aunque no fuera más que un humilde jardín, recreo de la vista, regenerador del aire y lugar de expansión de la chiquillería.

Allí se dio la luz y encontré a alguien a quien preguntar por mi destino incierto. Ni siquiera sabía si tendría dónde pasar la noche. Por toda orientación una dirección mal garrapateada a lápiz en un sucio papel, y allá me encaminé, cruzando por delante del ayuntamiento, adentrándome en, lo conocido por la parte vieja de Rentería, la calle Magdalena, donde me recibió solícita una familia compuesta por personas de acá y de allá, nativas y avenidos, vinculados a la villa por lazos en todos los sentidos indisolubles.



Los cabezas de aquella familia no existen. Rindieron ya su natural tributo a la tierra. Que en paz descansen.

No estaban a la sazón todos en casa, pero pronto se reunieron, mejor dicho, me reunieron con ellos en el bar «Paraíso», donde la afectuosidad se acrecentó, si cabe. Los ofrecimientos eran sinceros, el tiempo lo demostró, y no tardaron en encontrarme alojamiento para aquella noche y para cuantas pudiera necesitar en la vieja posada de la Magdalena—inexistente hoy—, por un módico precio al alcance de mis exiguos recursos; un motivo de agradecimiento más.

Estará siempre presente en mi recuerdo el retorno al «Paraíso», donde fui presentado a todos y cada uno de los que estaban y fueron llegando, que no eran pocos, y como todos y cada uno se ofrecieron para al día siguiente buscarme patrona, hablar con sus patronos o encargados a fin de agenciarme ocupación—entonces no se ponían anuncios en los periódicos pidiendo obreros—, que tan necesaria me era si quería empezar a vivir al otro día.

Y así fue; desde entonces ha llovido mucho, como suele decirse, y bajo esa lluvia suave, torrencial, borrascosa o *sirimiri* pertinaz, Rentería ha crecido y se ha transformado, encaramándose por las laderas de los montes, orgullosa de su empuje y poderío, como ocurre con Alaberga y Caltzaraborda, o disputándole, valiente, terreno al mar bravío, como acontece con el nuevo e inacabado barrio de Iztieta, donde las tempestades adentraban en tiempos las olas, anegando las huertas y ahogando los animales en las chabolas.

Parece pueril, y lo es, hablar de esto a quien asistió al proceso paulatino y seguro de un pueblo pertinaz y creador que, sobre su misma solera, se abre a nuevas perspectivas de progreso incontenible, como lo fueron después que las riadas de 1933 al 1953 inundaron sus calles de agua y lodo y llenaron de incertidumbre a industriales, comerciantes y vecinos; pero yo escribo más bien pensando en quienes se fueron por entonces o llegaron mucho después. Los unos tendrán que esforzarse mucho para comprender cómo pudo realizarse el milagro de la expansión; los otros no llegarán a comprenderlo jamás.

Una descripción detallada necesitaría mucho más espacio del que se puede disponer en un artículo periódico o de revista; sin embargo, a grandes rasgos, para los que lo conocieron, porque no pueden negar la asertación, y para que los recién llegados se hagan una idea, diré que en aquella época el bloque comprendido entre la calle Francisco Gascue y la fachada casi

circular que sirve de entrada a Rentería, bifurcando la carretera general de la municipal, no existía; ahí había una enorme chabola pintada de negro y una pila de railes y maderos que yo quité o colaboré a quitar con mis manos. Lo que hoy empieza a perfilarse como una bonita calle que lleva el nombre de Irún era un canal recién construido, descubierto y pestilente; la Alameda, sin los árboles que en la actualidad la hermocean, con un feo quiosco, más afeada aún por las obras de defensa del río Oyarzun, polvorienta unas veces, embarrada otras, era casi inservible; mucho más angosta la carretera desde la entrada de la calle Viteri, por la parte de San Sebastián, hasta la hoy bastante anchurosa plaza de los Fueros, casi ocupada entonces por el, viejo e insuficiente ya, mercado, que dio paso al más capaz y mejor acondicionado que se levanta en lo que era una vaguada cultivada de berzas y puerros y donde existía una casita a cuyos moradores conocía y conozco, por que aún viven, si no en Rentería, en sus alrededores; ha crecido considerablemente el barrio de Castaño y Ondartxo ha aumentado más del doble.

Pontika, las Agustinas, plaza y calle de Santa Clara, han crecido y hermo세ado; para darle la mano a Oyarzun, tal vez surgieron Larzábal primero y el nuevo Gabierrota después.

Al mismo ritmo ha mejorado y aumentado el comercio y la industria. La descripción habría de ser más metódica, extensa y documentada, y en definitiva no es ese el objeto inicial de estas líneas.

Todo esto carecería de valor o sentido por mi parte—poco más o menos pasa en otros sitios—, si no existiera la relación moral y material de lo prestado y recibido, porque contribuí a ese crecimiento con mi esfuerzo personal en Ondartxo, Pontika, defensa de la regata de Pekín, etc., etc.

Yo no soy de Rentería, pero considero Rentería como algo mío. En ella tengo puesto un granito, un insignificante granito de arena, que nadie podrá quitar, y esta pertenencia es más profunda por cuanto, como rezaba en mi colaboración pasada, tengo parte de mi ser sembrado «Bajo aquel ciprés».

Seguir relatando incidencias o situaciones, por más que se relacionen con la villa, sería personalizar demasiado. Por esta vez no he querido darle a mi colaboración en *OARSO* más cometido que enviar desde aquí a todos los que estaban y los que fueron llegando después, un saludo que no por tardío deja de ser sentido:

—GABON, JAUNAK (Buenas noches, señores).